

Homilía del Sr. Cardenal Mario A. Poli en la Fiesta de San Cayetano

7 de agosto de 2018 – Santuario de San Cayetano del Barrio de Liniers

Evangelio: San Juan 14, 1-6

Bienvenidos al Santuario de San Cayetano, donde Dios habla al corazón y sabe cómo renovarnos la esperanza y las fuerzas para seguir caminando.

El Santuario abre sus puertas sin discriminar a nadie porque todos somos hijos amados por nuestro Padre Dios.

Nos trae aquí la fe de nuestro bautismo y venimos a escuchar la Palabra de Jesús que nos dice: «No se inquieten, crean en Dios y crean también en mí».

Y esta palabra es serena, confiable, convoca a la amistad y sus enseñanzas nos invitan a seguir trabajando por una Nación más justa, fraterna y solidaria, con igualdad de posibilidades para todos.

Hoy escuchamos en el Evangelio que Jesús es el Camino y nos revela que la vida no termina con la muerte, no es la última palabra, sino que hay un destino trascendente y eterno para cada uno de nosotros a su lado, en su casa del Cielo, donde nuestros fieles difuntos nos esperan para nunca más separarnos.

Pero esa invitación es personal y solo Él sabe la hora y el lugar. Mientras peregrinamos, tenemos un Evangelio de la Vida que hay que poner en práctica. Nadie puede esperar en las promesas del Cielo si pasamos nuestra existencia como indiferentes e insolidarios ante el sufrimiento y el dolor de los demás. El cristianismo es la religión del prójimo, y ¡qué bien lo entendió y practicó San Cayetano en su vida! Ese es el camino que nos marcó Jesús, porque si abrimos las manos y brindamos lo que está a nuestro alcance al que necesita, es como si se lo hiciéramos al mismo Jesús: así nos enseñó.

Los santos, desde el Cielo, no se olvidan de sus hermanos, y como lo hicieron mientras peregrinaban en esta tierra –imitando a Jesús que pasó sembrando el bien–, siguen siendo obreros de la providencia divina.

Porque los preferidos del Señor son los pequeños, los marginados, los más débiles e indefensos, los enfermos y los pobres, ellos están en el centro del camino de la Iglesia. El Papa Francisco no se cansa de animarnos a «descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la

misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos»¹.

Jesús es Camino y es Verdad, porque no hubo engaño en su boca y sus promesas no defraudan. Todos necesitamos volver la mirada a lo esencial de nuestra vida; nos asiste el derecho de hijos de Dios, porque no fuimos creados para la mentira y la falsedad, sino para caminar en la luz de la verdad que nos hace libres y nos deja vivir en paz. En los santuarios, muchos peregrinos toman decisiones que marcan sus vidas. Esas paredes contienen muchas historias de conversión, de perdón y de dones recibidos, que millones podrían contar. Pidamos la gracia de vivir en la verdad y volvamos a descubrirla en nuestras familias, en los hijos, en nuestro trabajo, en los amigos. En el corazón donde brilla la verdad, la palabra se hace creíble, y no entra el egoísmo ni ninguna forma de corrupción.

Jesús es el Camino, la Verdad, pero también ha «venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia» (*Jn 10,10*). Él mismo nos enseñó que la vida se recibe como don sagrado y se la comparte generosamente; nos enseñó que la vida es para darla, porque el que la quiere para sí, la pierde. En eso consiste la felicidad: en hacer felices a los demás.

Hoy en nuestra Nación existen serios desafíos, pero ninguno es tan serio y grave como el que tienen en sus manos los legisladores del Honorable Senado de la Nación. Todos sabemos que se juega la ventura de niños y niñas concebidos en el vientre de sus madres y que esperan nacer. El proyecto de Ley que abona la «Interrupción voluntaria del embarazo», de aprobarse, pone a los indefensos y vulnerables seres humanos que se están gestando, en un camino sin salida, excluidos de la legítima defensa, sin juicio ni proceso: solo les corresponderá el deber de aceptar morir, sin más.

Porque sabemos que detrás de la incompresible palabra «interrupción» no hay nada más, los cristianos, como ciudadanos, elevamos la voz de los que no pueden hablar, en defensa de las dos vidas, la de la madre y la del bebé.

Quede claro que no juzgamos a nadie y menos a las madres, que por motivos que solo ellas y Dios saben, a veces bajo presión, en situaciones angustiantes, sin trabajo, solas, y padeciendo hasta el final la incomprensión de su entorno, optan por el aborto, que siempre será un drama, y lejos de ser un solución, comienza luego un camino difícil de llevar en la vida. Para ellas los brazos de la Misericordia siempre estarán abiertos para consolar, perdonar y animar a seguir caminando, porque Dios es un Padre bondadoso y clemente que nos ama y quiere a sus hijos e hijas incondicionalmente. Ese es el Dios que enamoró a San Cayetano.

Desde el interior del Santuario, donde se celebra, se honra y se dignifica la vida de tantas familias, le pedimos a San Cayetano que nos dé una

¹ *Evangelii Gaudium*, 199.

mano. Que la defensa de la vida por nacer se concrete en gestos como él lo hizo en su tiempo, ayudando a parejas de jóvenes con préstamos de dinero para que pudiesen construir sus casas. Que aprendamos como él a multiplicar los esfuerzos para que las jóvenes mamás embarazadas y solas encuentren un espacio donde puedan compartir sus temores, y sientan el abrazo y la ternura de mujeres que tuvieron la alegría de concebir, a pesar de todo.

Desde el corazón del Santuario, donde la multitud de devotos se encuentra con el Patrono del Pan y del Trabajo, donde el pueblo fiel viene más a agradecer que a pedir, a rezar por los otros más que por sí mismo, donde la solidaridad muestra su mejor rostro y se convierte en providencial ayuda hacia quienes menos tienen y aumenta el día 7 de cada mes: desde aquí, elevamos nuestra oración para que los miembros del Honorable Senado de la Nación no interrumpen la honrosa y laudable tradición de legislar para el bien común, con leyes que abran a la esperanza a favor de la cultura de la vida, protegiendo a los más débiles e indefensos, quienes esperan participar de nuestra historia. Tienen derecho de pertenecer a una Nación –suelo donde se nace–, donde hay lugar para todos, donde nadie sobra y todos hacen falta. Quién sabe si entre ellos, pueda nacer un varón o una mujer que tenga los dones y talentos para llevar a nuestro pueblo por el camino del progreso, de la paz y la justicia. Quién sabe si de esos nacimientos pueda nacer un santo o una santa, que nos dignifique a todos.

Que este debate no oculte ni postergue ocuparse del verdadero problema argentino: los pobres, los que hoy suman casi la tercera parte de la población y siguen esperando, no sin sufrimientos y postergación incomprensibles, paradójicamente, en la tierra bendita del pan y del trabajo, donde hay comida para todos y nunca faltará una mano abierta para ayudar.

Ponemos a todas nuestras familias, en especial a las mamás que esperan, al cuidado de nuestra Madre de Luján. Ella supo de pruebas y nos enseña a hacer lo que su hijo Jesús nos dice. A Ella le confiamos a todos los niños nacidos y por nacer.